

La difícil caridad

■ RECIENTEMENTE, una institución de caridad sueca planteó a su gobierno el terrible dilema en el que se encontraba. La institución se había creado en el siglo pasado como resultado de un legado cuantioso. El benefactor había dejado establecido que el fondo debía invertirse en forma tal que se acrecentara a través de los años y que con él se ayudara a "las muchachas descarriadas para volver por la buena senda". Podrán imaginarse los lectores cual era el dilema de los directores de tan caritativa sociedad: ¿Dónde hallar a las muchachas descarriadas? ¿Qué debía entenderse hoy, en Suecia, por ese término?

Hasta ahora no se ha encontrado la respuesta adecuada a esas preguntas y el fondo sigue incrementándose sin encontrar a sus actuales beneficiarias.

Ese es un botón de muestra de los problemas con los que se encuentra hoy la caridad organizada. No es el único por cierto. Otro, nos cuenta que un rico industrial francés, Marcel Dassault, en marzo pasado tuvo la peregrina idea de regalar una piscina temperada a la comunidad donde se encuentran sus principales fábricas. A la donación quiso darle el boato correspondiente e invitó a las autoridades edilicias. En vez de agradecimientos, Monsieur Dassault tuvo que escuchar del Alcalde un tirón de orejas público y bochornoso por pretender ser caritativo. "La recreación de los obreros de este sector —declaró solemnemente el Alcalde— es un derecho que ellos tienen y que tiene que ser suplido por el Estado y no por un industrial que quiere ganarse simpatías con regalos", y el buen filántropo, pasado el mal rato, tuvo que reconocer que los tiempos no parecían ser los más apropiados para los mecenas.

La desconfianza en la filantropía y en la caridad no es cosa de hoy. Tan pronto alguien quiere cumplir con la principal virtud cristiana, siempre sale alguien preguntándose qué traerá bajo el poncho, y no falta quien, con suspicacia, pretende que ésa sea una forma de acallar su conciencia. Ya en el siglo XVIII, don Juan de Iriarte ponía en tela de juicio a un buen señor que con su fortuna per-

sonal había hecho construir un hospital:

"El Señor don Juan de Robres
con caridad sin igual,
hizo este santo hospital
y también hizo a los pobres".

No obstante esta suspicacia, las Instituciones caritativas han proliferado por el mundo, pero cada día se les pone más cortapisas a su benéfica actividad. Un reciente censo indica que sólo en Inglaterra existen 120.000 de ellas, en Holanda ascienden a 32.000, en Suiza a 19.500, en Suecia llegan a 15.000 y en la República Federal Alemana se contabilizan 4.000. Sin embargo, sólo un 5% de ellas ha hecho en los últimos cinco años alguna donación significativa.

¿Qué ha sucedido? No sólo se trata de problemas como el que contábamos de las inexistentes jóvenes descarriadas según los parámetros del siglo pasado, sino que paulatinamente la legislación ha ido cercenándoles las franquicias tributarias que ellas tenían. Para empezar, en Suecia estas deducciones han desaparecido. "El que quiere ser caritativo que pague impuestos" parece ser la política de los suecos que, como es sabido, se caracterizan por un generoso programa de seguridad social que copa casi todas las áreas de necesidades. En Estados Unidos las donaciones libres de impuestos se han reducido a un 5% de las ganancias, y en Inglaterra, si alguna industria quiere contribuir a las artes, y de ese modo liberarse de parte de sus impuestos, necesita una previa autorización gubernamental que determina si la donación vale o no la pena.

Decididamente, los tiempos no están para la filantropía ni la caridad en gran escala. Sólo queda la posibilidad de la acción caritativa individual, aquella que cumple con el precepto bíblico que indica que la mano izquierda no debe saber lo que hace la mano derecha, porque, a la hora que lo sabe, se despiertan las suspicacias, se movilizan los inspectores de impuestos internos y los Gobiernos se sienten preteridos.

Todo está difícil en los días que vivimos. Hasta hacer la caridad...

PARTIQUINO

LA SEGUNDA